

# La Novela Film

Núm. 81

30 cts.



*Lo que no se compra*  
*por Agnes Ayres, Jack Holt, etc.*



## LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96  
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 81

BOUGHT AND PAID FOR

1922

# LO QUE NO SE COMPRA

Sugestiva novela en que se pone de manifiesto el amor verdadero de la mujer, interpretada por la bella artista AGNES AYRES y el distinguido actor JACK HOLT, secundados por el simpático «gordinflón» WALTER HIERS y otros.

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.





## LO QUE NO SE COMPRA

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Virginia Blaine era una joven telefonista empleada en un gran hotel de Nueva York. Muchacha humilde, laboriosa, no tenía otra ilusión que la de su trabajo. Cuantos se acercaban a ella quedaban prendados de su trato afable y de sus maneras sencillas.

Roberto Stafford, un millonario que había llegado a serlo por su propio esfuerzo, frecuentaba mucho el hotel, porque estaba enamorado de Virginia.

Las demás empleadas se habían dado cuenta de la asiduidad de Roberto.

Mary, la encargada del telégrafo, al ver entrar al millonario, se acercó al departamento de Virginia y dijo:

—Ahí tienes ya a tu enamorado. Hay que ver lo chiflado que está por ti, y lo tonta que tú eres en no hacerle caso y en no querer aceptar sus invitaciones. ¿Te has dado bien cuenta de quién eres?

—Yo no puedo poner los ojos en él.

—¿Por qué? ¿No fué el mismo Stafford de hu-

milde cuna? Mira lo que dice precisamente esta revista que acabo de leer.

Y le entregó un periódico en que aparecía el retrato de Roberto y el siguiente comentario:

*Presidente de una Compañía Ferroviaria que en un tiempo fué botones.*

*Roberto Stafford, presidente de una de las compañías de ferrocarriles más importantes del país, hace unos cuantos años era un pobre muchacho que se ganaba la vida llevando recados.*

—¡Eh!, ¿qué te parece? ¡Ese hombre es la dicha para ti y la desprecias! Piensa que la suerte sólo pasa una vez ante nosotras...

Miraron las dos a Roberto que compraba diarios en otro mostrador.

Uno de los huéspedes se acercó a Virginia... Era un hombre antipático que siempre se tambaleaba dominado por el terrible vicio de la bebida. Con voz ronca y aguardentosa, dijo a la muchacha:

—Bueno... ¿Cuándo va usted a decirme que me ama?... ¡Estoy cansado de esperar! ¿Es que no le parezco bastante joven?

Virginia le contempló con instintiva repugnancia. Aquel sujeto olía siempre a vino, era un moscardón odioso que la importunaba constantemente con sus absurdas declaraciones de amor.

—Déjeme usted tranquila, se lo ruego...

—Pues dígame usted que me quiere...

Roberto se acercó... De una ojeada dióse cuenta de lo que ocurría. Vió que el brazo torpe de aquel hombre pretendía acariciar a Virginia y disimuladamente, con la punta de su cigarrillo, chamuscó la mano del caballero.

Retiró éste precipitadamente el brazo al sentir el contacto del fuego, balbuceando palabras faltas de sentido.

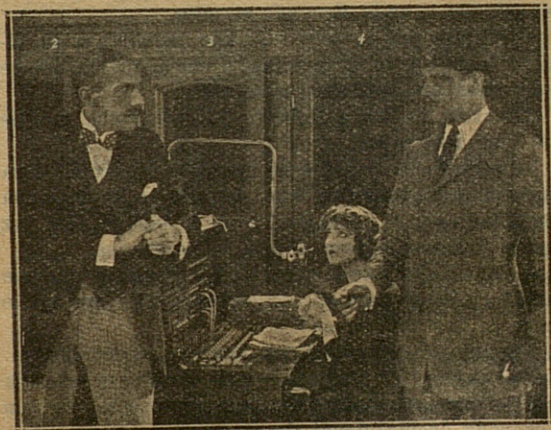


—No moleste, señor...—dijo Roberto con severidad.

Cuando el impertinente enamorado se alejó, Roberto, mirando fijamente a la telefonista:

—¡Si supiera usted—le dijo—qué pena me da verla, teniendo que soportar esas molestias, señorita Blaine!

—No hay para mí hombre más repulsivo—contes-



—No moleste, señor—dijo Roberto con severidad.

tó ella—, que el hombre que bebe de ese modo.

—Pero no acuse usted a todos los hombres que beben. Yo también bebo algunas veces.

—¿Usted?

—Sí... Para olvidar... Ya que se niega usted tan obstinadamente a comer conmigo, tengo que hacerlo solo y beber por el recuerdo de sus hermosos ojos.

—Roberto, no hable usted así—dijo Virginia con una mirada suave.

—No puede usted formarse idea del deseo que tengo de que acepte usted una invitación mía. ¿No tiene usted alguna persona de su familia que la acompañe?

Las empleadas escuchaban aquella conversación tan interesante. ¡Oh! ¿aceptaría Virginia esta vez la invitación del millonario?

La muchacha, aquella mañana, se hallaba dispuesta a aceptar...

—No sé—contestó—, quizá mi hermana mayor quiera hacerlo.

—¿Y no habría alguna otra persona además de su hermana?

—Sí; su novio tendrá seguramente mucho gusto en acompañarnos a los dos.

—Admirable—repuso el joven, satisfecho—. Mañana por la noche les espero a los tres en mi casa a la hora de comer... No faltarán ¿eh?

—No, Roberto.

Cuando el millonario se alejó, Mary dijo sonriendo a Virginia:

—Así me gusta, querida. No debes despreciar a ese caballero. Quiere casarse contigo...

Virginia ocupaba una modesta habitación en una de esas inmensas colmenas propias de las grandes poblaciones. Vivía con su hermana mayor, Fanny, que era una mujer muy práctica.

Mientras Virginia trabajaba en el hotel, Fanny cuidaba de la casa.

Jaime Silley, el novio de Fanny, era un frecuente invitado en el modesto hogar de las hermanas Blaine; un invitado que traía siempre su comida en un paquete.

—Hola, Fanny—dijo, aquella tarde, Silley, al en-



trar en casa de su novia—. Aquí me tienes ya... ¿Llego a tiempo?

Jaime era un hombre extremadamente gordo, de aspecto apacible y bondadoso.

—Sí—contestó su novia—; aun no ha llegado Virginia... Pero ¿qué traes en este paquete?

—Pues, verás...—y le mostró el regalo: una docena de chorizos.

—Cuando se tiene mucho apetito y poco dinero hay que comprar la comida por metros—continuó sonriente.

Fanny tenía que hacer en la cocina. Silley la siguió y repitió lo que continuamente era su tema favorito:

—¿Cuándo vamos a fijar la fecha de nuestra boda, Fanny?

Ella continuó en silencio sus tareas.

—¿No me contestas? ¿Por qué no hemos de casarnos si ya gano 25 dólares por semana?

—Ya te he dicho muchas veces que un matrimonio no puede vivir con menos de treinta dólares semanales...

Virginia llegó de la calle. Venía sonriente, con el diario que hablaba de Roberto, en la mano, deseosa de explicar a su hermana que había aceptado finalmente la tentadora invitación.

Mientras Virginia iba a su cuarto a cambiarse de ropa, Jaime cogió distraídamente la revista que la joven acababa de dejar sobre una mesa.

Al leer el artículo dedicado a Roberto, revivieron en su imaginación una porción de cosas. Recordó que el millonario sentía hacia Virginia un gran cariño y que ésta desdénaba, de una manera tenaz, entrar en relaciones con él. Era absurda la negativa. ¡Otro gallo les cantara a todos si emparentasen con el presidente de los ferrocarriles! El mismo, que era un modesto empleado, podría ascender

de condición y llegar a ocupar los más altos puestos.

Miró a Virginia que ayudaba ahora a su hermana a poner la mesa.

—¿Te ha vuelto a invitar Stafford?—le preguntó.

Virginia estuvo tentada de confesar que a la noche siguiente debían ir todos a casa del millonario, pero quiso divertirse un rato.

—Sí—contestó con ingenuidad—; pero no he aceptado.

El semblante mofletado de Jaime sufrió un acceso de indignación:

—No comprendo por qué no has de aceptar sus invitaciones... ¿Es acaso un hombre indigno?

—No...

—Pues entonces...

Pusieron a la mesa... Comida casera, sencilla.

Jaime, hostigado por aquella idea, volvió a reanudar la conversación.

—¿Has pensado alguna vez en lo que la influencia de ese hombre podría valernos a tu hermana y a mí?

Virginia inclinó la cabeza.

—Es una tontería que rehuses sistemáticamente una invitación de esa clase; siquiera un día comerías algo diferente...

¡Vaya con la tontuela! Eso era dejarse escapar la felicidad de todos...

Virginia tenía que realizar esfuerzos para no reír... Si supieran que todas aquellas lamentaciones eran inútiles porque lo que pedían estaba concedido. No, no amaba a Roberto... pero tampoco le desagradaba... era simpático, esto sí...

—Lo único que impide que yo sea un rey de las finanzas—continuó Jaime con un tono de gran señor—, es el no encontrar un hombre como Stafford que me entienda.



—Sí, Virginia. Yo creo que Jaime te aconseja bien...—machacó Fanny que, como su novio, pensaba en las grandes ventajas de aquella boda...

Virginia, sin darle importancia, como la cosa más natural, contestó:

—Mañana... voy a cenar con Stafford en su casa...

—¿Tú?—dijo Fanny con repentina alegría—. ¿Y por qué lo callabas?

Jaime suspiraba de satisfacción. ¡Y luego dirán si los cuentos de hadas! ¿No era aquello una realidad? ¡Un millonario enamorado de aquella chiquilla humilde!

—Y vosotros me acompañaréis porque también estáis invitados.

—¡Canastos! — dijo Jaime, loco de contento—. Cuando quiere que le presentes a la familia, es que piensa casarte contigo...

—No sé—contestó ingenuamente la chiquilla.

\* \* \*

A la noche siguiente, Silley y las dos hermanas fueron a casa del millonario. Jaime estudiaba cómo viven los privilegiados de la fortuna.

No había llegado todavía Roberto; lo que aprovechaban para admirar las riquezas artísticas del suntuoso salón.

Oku, el criado japonés de Roberto, les dijo:

—Ustedes perdonen. El señor Stafford dice por teléfono que le dispensen... que le han detenido en una junta... Dentro de media hora estará aquí.

¡Oh!, Jaime creía soñar. ¡Y pensar que muy probablemente todo aquello podría ser de Virginia!

—Oye, Virginia, si el señor Stafford se te declara, ¿qué piensas contestarle?

—Mientras no esté segura de que le amo, no aceptaré su proposición... si me la hace... Yo no creo que él piense en eso...

—Chica, si no puedes amar a un hombre tan rico como Stafford, debes consultar con un especialista del corazón.



Jaime continuaba observándolo y tocándolo todo. De una cajita sacó varios puros que tranquilamente se metió en el bolsillo. ¡Qué hermoso era todo aquello! Sobre una chimenea de mármol vió unos magníficos jarrones chinos.



*De una cajita sacó varios puros que tranquilamente se metió en el bolsillo.*

—¡Qué preciosidad!—exclamó, cogiendo uno de ellos—. ¿Cuánto valdrá esto?

—¿Eso?—contestó Virginia—. Unos tres mil dólares...

¡Sí que había riquezas en la casa!... Pero... de pronto, sin que supiera cómo pudo ocurrir, se le

escapó de las manos el precioso jarrón, que vino al suelo.

Empaldecieron todos. ¡Buena la habían hecho!

La magnífica porcelana se había roto en dos grandes pedazos que Jaime, tembloroso, volvió a juntar, colocando después el jarrón en la chimenea.

—Ni una palabra sobre esto...

—Tendremos que decirselo al señor Stafford—dijo Virginia.

—No, mujer—aconsejó Fanny—. Perderíamos toda su simpatía. ¡No podrán averiguar quién ha sido!

Llegó el millonario, sonriente, cordial. Después de agradecer a Virginia aquella visita, fué presentado a Fanny y a Jaime.

—Qué casa tan bonita tiene usted—comentó Silley.

—Me alegro de que le guste a usted mi casa. No vale nada. Únicamente algunas obras de arte que he ido adquiriendo. ¿Quiere usted que se las enseñe?

Palideció Jaime temiendo que se descubriese lo ocurrido. Pero no pudo rehusar.

—Venga... venga... Mire, estos jarrones son lo mejor de todo lo que tengo.

Y la casualidad hizo que cogiese el jarrón roto. Quedó el millonario sorprendido al verlo partido en dos pedazos.

—¡Qué extraño! Es la primera vez que Oku rompe una cosa.

Fanny y su novio se miraban sin atreverse a hablar... Pero Virginia, más decidida, incapaz de consentir que nadie pudiera cargar con culpas ajenas, explicó:

—Oku no ha roto el jarrón, señor Stafford.

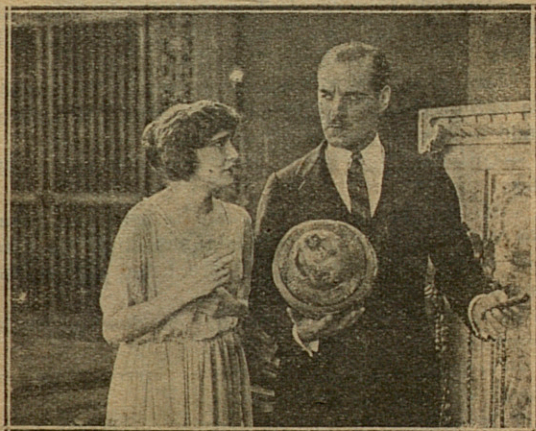
Y miró tan expresivamente a Jaime que éste se vió obligado a hablar.



—Lo hemos roto nosotros—confesó—. Pero... usted me permitirá que se lo pague.

—De ningún modo—repuso el millonario sonriente—. Le suplico que ni piense usted más en ello... Arriba tengo algunas curiosidades más... Si quieren ustedes pueden subir.

—Con mucho gusto, señor Stafford, todo esto es encantador.



—¡Qué extraño! Es la primera vez que Oku rompe una cosa.

Virginia quiso seguir a su hermana y a Jaime pero una mirada del joven la retuvo:

—Virginia, ¿qué le parece a usted mi casa?

—¡Una maravilla! ¡Oh! qué agradable debe ser tener una casa con tantas cosas bonitas.

—Pero falta en ella—dijo Roberto sentándose a

su lado—, una cosa preciosa por la que daría todas las demás...

Virginia le miró dulcemente...

—Para poseer todas las cosas que usted admira no he tenido más que decir "quiero"... Pero ahora... la quiero a usted... Virginia.

—¡Roberto!

—Todo esto no me da la sensación de hogar. Sólo una mujer como usted lo completaría. ¿Quiere usted ser la dueña y señora de él?

—Todavía—contestó Virginia con calma—no me ha preguntado usted si yo le amo.

—Es posible que no me ame usted aún... pero yo la amo a usted. Aquí tendrá cuanto su corazón desee y acabará por amarme, no lo dude.

Entretanto, Jaime y Fanny, en el piso de arriba, continuaban admirando aquel verdadero museo de arte y de lujo. Hicieron proyectos y cálculos sobre la posibilidad de emparentar con aquel hombre tan rico, hasta que Oku les avisó que la mesa estaba servida...

Roberto dió el brazo a Virginia, y Jaime, por no ser menos, a Fanny. El comedor les deslumbró... Creían vivir un sueño. Virginia comparó su pobre comida modesta, siempre igual, con aquellos platos maravillosos.

—Bebamos por la felicidad de Virginia—dijo Roberto, al sentarse a la mesa—, ¡mi futura esposa! Estas palabras asombraron a los comensales... Jaime y Fanny no podían ocultar el desbordamiento de dicha que les envolvía. Virginia quedó vacilante, sintiéndose invadida por una sensación extraña.

—Pero... si yo no he prometido...—balbuceó.

Miró a su hermana, al grueso Silley. Con la vista le indicaban que aceptase, que no se dejara escapar aquel partido magnífico.



Y Ricardo, con la copa en alto, levantándola en su honor, suplicaba:

—¿Acepta usted?

¿Qué iba a hacer puesta en aquel ambiente? No amaba aún a Roberto, pero le atraía su nobleza, su carácter generoso, su aspecto varonil. Y luego todos le aconsejaban aquella boda.

Sonriente, contestó:

—Sí.



Cuando una mujer se casa como se casó Virginia, sin la seguridad de estar enamorada, pero con la esperanza de llegar a estarlo, es la mujer más feliz del mundo; porque el marido que después de casado tiene que conquistar el amor de su esposa, es el marido ideal.

Llevaban un año de matrimonio, durante el cual Ricardo fué tan atento, tan fiel, tan respetuoso, que Virginia sintió poco a poco que el amor llenaba su corazón.

Aquella noche, después de cenar leían los dos, junto a la lámpara. Virginia dejó la lectura y quedó pensativa como en un éxtasis.

—¿Qué tienes, Virginia?—le preguntó Roberto.

Y ella, con una mirada de gratitud, respondió:

—Estaba pensando en lo bueno que eres conmigo.

—Eso quiere decir, Virginia—le contestó conmo-

vido—, que tu amor hacia mí es como ese capullo que tienes en la mano y que muy pronto, por la acción del tiempo, se convertirá en una espléndida rosa.

Virginia contempló la linda flor. Y oyó como una música las palabras de él:

—Y no es que yo sea bueno, Virginia: es que si me empeñase en convertir en rosa prematuramente ese capullo no haría más que deshojarlo. Exactamente lo mismo que pasaría con tu amor si yo te forzara a quererme.

—Roberto... tengo que agradecerte tantas cosas. Has sido tan bueno para mí.

Era hora de separarse. Se besaron, castamente, con dulzura. Cada uno fué a su habitación. Desde su puerta vió la joven cómo se alejaba su marido y sintió hacia él un amor inmenso...

Ya en su alcoba, después de haber despedido a la camarera, contempló aquel capullito de rosa que había dado ocasión a Roberto de decir tan bellas palabras. Capullo, ¡su alma! Allí, en su tocador, estaba una rosa, encendida y de intenso perfume. La cogió. Tenía un olor delicioso. ¿Su alma enamorada no era como esta flor?

¡Oh, Roberto! Estuvo luchando un buen rato. Pero decidióse. De puntillas fué al cuarto de su marido y llamó quedamente con los dedos.

Al abrir la puerta y encontrarse con su esposa, Roberto sonrió.

Ella sin decirle nada le mostró la rosa, roja y fresca, la rosa de sangre como su joven y enamorada corazón...

—¡Ricardo!

Y cayó en brazos de su marido que con sus ternuras había logrado aquel regalo de amor...



Jaime y Fanny se habían casado y tenían una niña. Jaime había dejado de ser el empleado modesto de los 25 dólares por semana. Roberto le había colocado en su Oficina donde cobraba un sueldo magnífico.

Por mucha que sea la felicidad de un matrimonio, no falta generalmente un *pero*. Por espacio de dos años, Virginia había sido feliz con Roberto Stafford... pero éste salía ahora todas las noches y regresaba la mayor parte de las veces con algunas copas de más en el cuerpo. ¡Oh!, entonces le daba miedo, no podía amarle.

Aquella noche, Virginia había ido a la ópera con Fanny y su marido.

—Podréis dormir aquí con la niña—les dijo—. Y al propio me haréis un rato de compañía...

En el tocador, Virginia, mientras se despojaba de sus joyas, explicaba a su hermana:

—Estoy tan sola. Ya ves, mi marido no ha regresado todavía. Desde hace algún tiempo, cuando llega tan tarde, es porque ha bebido con exceso.

—Parece imposible—contestó Fanny con la mayor sorpresa.

—Cuando está bajo la influencia del alcohol me hace el efecto de un extraño. Es muy bueno conmigo, pero cuando bebe...

Jaime paseaba con la niña por el salón. ¡Era todo un hombre feliz! Acababa de llegar Roberto



*Desde su puerta vió la joven cómo se alejaba su marido, y sintió hacia él un amor inmenso.*

que le saludó con la mayor amabilidad.

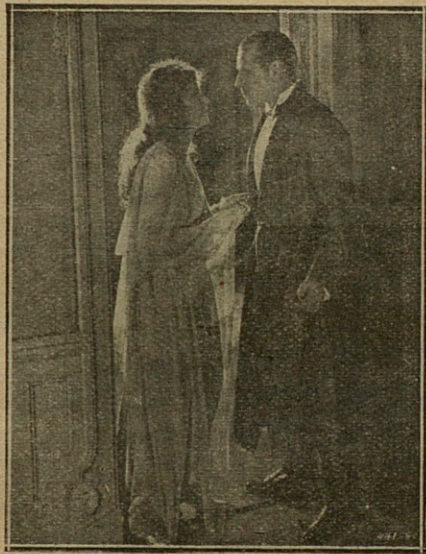
—¿Cómo vamos... eminencia? ¿Y la niña? Está un poco pálida... Necesita aire fresco...

Stafford había regresado del *club* donde al parecer las libaciones fueron abundantes. Llegaba me-



dio ebrio, ofuscado por los vapores del alcohol.

Estuvo conversando un rato con Jaime al que prometió con repentina generosidad que regalaría un automóvil para la pequeña... Después, Virginia y Fanny se reunieron con sus maridos...



*Ella, sin decirle nada, le mostró la rosa, roja y fresca: la rosa de sangre como su joven y enamorado corazón.*

—Cada día estás más guapa, Virginia...—dijo Roberto mirándola con pasión.

—Nos vais a permitir que nos retiremos—explicó Jaime que acababa de llevar la niña a la cama—.

Pero es que si no descanso mis ocho horas, al día siguiente mi cerebro no funciona...

Y con aire de gran personaje, marchó con Fanny a la habitación que les habían destinado.

—¡Su cerebro!—dijo estallando Roberto en una carcajada—. ¡Los 200 dólares que le doy por semana se los regalo para que me haga refr!

Quedaron solos. Roberto acercóse a su mujer y con ojos codiciosos, le dijo:

—Estás adorable, Virginia.

Ella, instintivamente, retrocedió. ¡Oh! ¡No podía ser de un hombre que olía a vino!

—Roberto. Estoy muy cansado. ¿Te importa que me retire?—le dijo con una triste sonrisa.

—Lo mejor que hay en el mundo para el cansancio es el champaña

—No quiero beb hampaña, Roberto. Y tú tampoco debes beber más. ¿No ves que te hace daño?

—¡Bah! el champaña es el vino del amor.

Y llamó a Oku para que le trajese una botella. —Anda, bebe.

—No me gusta, Roberto, no lo quiero. Tú no serás capaz de hacérmelo tomar a la fuerza.

—¿Que no seré capaz de hacértelo tomar? ¿Quieres que lo pruebe?—Y en sus ojos brillaba una luz siniestra, de hombre dominado por el instinto.

Ella retrocedió asustada con un gesto de repugnancia.

—¿Qué te pasa?—dijo Roberto—. ¿Ya no me quieres?

—Amo al hombre con quien me casé y que tan bueno ha sido para mí, pero cuando te pones así, creo que no eres el mismo y hasta te aborrezco.

Por primera vez, Roberto veía resistir a su mujer. La atrajo hacia él y acariciando el magnífico collar que adornaba su garganta, dijo:



—Cuando te casaste conmigo no me amabas, pero yo te compré con dinero... eres mía.

—Déjame... no me toques.

—Sé buena esposa... anda, dame un beso... y te dejaré partir.



*Poco después oyó la voz de su marido que llamaba con imperio.*

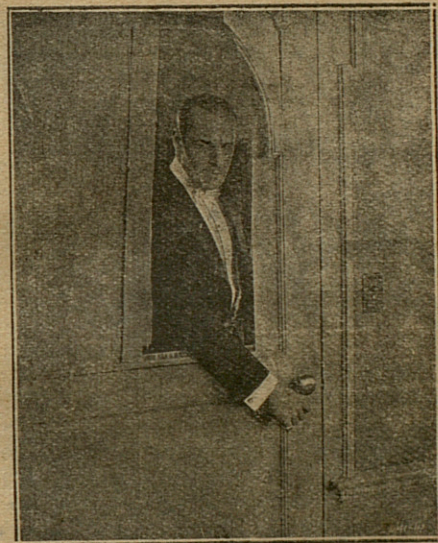
Le besó no sin sentir repugnancia. Y marchó a su alcoba cerrando por dentro. ¡Oh! aquel hombre la había injuriado. ¡Ella "una cosa que se compra"! No. Su dignidad de mujer no podía consentir aquello...

Poco después oyó la voz de su marido que llamaba con imperio:

—¡Abre!

—No...

—Abre, te lo exijo...



*Estaba fuera de sí; sus ojos, bañados de una luz amarillenta...*

NO.

Roberto, furioso por la negativa, blandió lo primero que encontró a su paso: un hierro de la chimenea, y empezó a golpear con él la puerta hasta que consiguió hundirla. Estaba fuera de sí, sus ojos,



bañados de una luz amarillenta, parecían saltar, sus manos, como garfios, temblaban con un vigor epiléptico...

Entró:

—¿Por qué cierras? ¿No sabes que eres mía?...

Y la besó con fuego. La linda mujercita lloraba...

\* \* \*

Al día siguiente, cuando Fanny fué a la alcoba de Virginia, vió la puerta destrozada. ¿Qué habría ocurrido allí? Pero no se atrevió a preguntar nada.

Virginia, pálida y ojerosa, iba colocando en un cofrecito todas las joyas guardadas anteriormente en estuches.

—No hay duda de que Roberto ha sido muy bueno contigo—dijo Fanny al ver tanta piedra preciosa—. Esto debe haberle costado un dineral...

—No existe en el mundo fortuna bastante grande para comprar la dignidad de una mujer.

—Supongo que no irás a hacer ninguna tontería—contestó Fanny, alarmada, temiendo alguna complicación.

—Ninguna; obraré como me dicte mi conciencia.

Roberto, profundamente amargado por su brutalidad de la noche anterior, dispuesto a desagraviar a su mujer, había mandado llamar a un joyero. Escogió un brazaletes de brillantes y con este regalo



*La linda mujercita lloraba...*

que consideraba suficiente para desarmar las iras de Virginia, fué al encuentro de ésta:

—Estoy profundamente avergonzado y sinceramente arrepentido—comenzó.

Y abrió la cajita que encerraba el precioso regalo.



La mano de Virginia le detuvo:

—No. Anoche me dijiste que yo era tuya porque me habías comprado con tu dinero... No volverás a repetírmelo.

Tenía un gesto de mujer firme y dispuesta a hacer su voluntad. Se había despojado de todas sus joyas y llevaba un sencillo vestido.

—Yo no te he querido por tu dinero, sino por lo bueno que fuiste para mí. El amor y la dignidad de una mujer no se compran, Roberto... Estoy dispuesta a marcharme.

—¡Virginia!

—Si quieres que no me marche, tienes que prometerme que no volverás a beber.

—Ya te he dicho—agregó Roberto disgustado por el giro que tomaba la conversación—, ya te he dicho que sentía lo ocurrido y que me arrepiento de ello, pero no admito que se me fuerce a hacer una promesa.

—¿De modo que no quieres prometerme?

—No.

—Está bien. Aquí lo dejo todo.—Y le mostró el cofrecito de joyas—. ¡Las cosas con que creíste comprarme! ¡No me llevo nada!

Se puso el sombrero, dispuesta a salir. Sus dedos acariciaban la sortija nupcial, única cosa que se llevaba.

—Tú volverás a mi lado—dijo Roberto, furioso—. Ya no podrás hacer frente a la pobreza. Estás ahora acostumbrada a ser rica.

—No volveré mientras no me prometas no beber más. Cuando estés dispuesto a ello, tú has de venir a buscarme.

—Nunca—contestó Roberto, que no toleraba que nadie le exigiese una cosa.

—Pues... adiós...—Quitóse también la sortija; na-

da quería de aquel hombre... Y abandonó la casa, porque a ella "no la compraba nadie".

Aun existen en el mundo seres dispuestos a sufrir privaciones y trabajos por un ideal. Virginia estaba ahora empleada en una casa de comercio...

Pero existen otros que sufren amarguras y soledad por sostener su amor propio...



—Pues... adiós...—Quitóse también la sortija; nada quería de aquel hombre.

Uno de estos era Roberto Stafford que vagaba tristemente por la casa antes tan alegre y cordial...

¡Oh! ¡Cómo encontraba a faltar a su Virginia! Se aburría en aquel gran caserón donde todo le recordaba a su amada.

—¿No va a salir el señor tampoco esta noche?... ¿No quiere que le prepare la ropa?

—No.



—Probablemente el señor se siente mal, porque hace tres meses que no ha probado una gota de licor. ¿Quiere que le haga un cocktail, señor?

—No, gracias, no quiero nada...

No había probado más la bebida. El maldito vino era el culpable de aquella situación tan absurda.

Fanny y su marido habían venido muy a menos desde el día en que Jaime dijo a Stafford que no quería trabajar para un hombre que "trataba mal a Virginia".

Ahora hacían la misma vida que en otro tiempo, como si todo hubiera sido una fantasía. Ocupaban una modesta casa que les parecía más pobre comparada con la riqueza de que disfrutaron.

Jaime volvió a ocupar su empleo de 25 dólares y ya no podía ser el "gran financiero que había en él".

Silley regresó aquel día de malhumor. ¡Cuidado que era mala aquella vida! Virginia no había regresado aún de su despacho. Todos volvían a ser pobres, desoladamente modestos.

—Ya estoy harto de esta vida—le dijo a Fanny—. Si pudéramos hacer volver a Virginia al lado de Roberto, saldríamos de apuros...

—Virginia está suspirando constantemente por su Roberto—explicó Fanny—. Lo único que habría que hacer, es traerlo a él aquí y hacerle creer a ella que ha venido por su propia voluntad.

—¿Por qué no hemos de intentarlo?

Fué Jaime al teléfono y llamó a casa de Roberto.

Este se puso al aparato.

—Virginia me ha encargado que te llame por teléfono y te diga que quiere verte—mintió Jaime con la mayor tranquilidad.

Sintió el millonario que renacía en él la dicha de tiempos pasados.

—¿Está enferma?

—No... pero quiere verte.

Loco de alegría, Roberto llamó a Oku.

—¡Pide el auto en seguida! Vamos a buscar a la señora!

Iba a recobrar la felicidad, la hermosa mujer que creyó perdida... Y su amor propio quedaba a salvo. ¡Ella le amaba! No había podido resistir por más tiempo la ausencia y suplicaba que fuese a buscarla. ¡Pobre Virginia, qué buena y dócil era!

Jaime y Fanny se maravillaban de lo que habían hecho.

—Si Roberto se entera de que Virginia no le ha llamado, es capaz de marcharse inmediatamente.

—Y si Virginia se entera de que Roberto cree que ella le ha llamado, jamás volverá a su lado.

—Pero... confiemos en el amor.

Poco después llegó Virginia de su despacho.

—¿Por qué no vuelves con tu marido?—dijo Fanny—. Tú no puedes soportar esta vida.

—De ninguna manera. Yo no tolero ciertas cosas...

—Está bien —dijo, sulfurado, Jaime—. Porque Roberto no quiso prometerte lo que tú le exigías, obligas a la pobre Fanny a trabajar como una esclava, arruinas mi porvenir y demuestras que eres una egoísta. ¡Sí, una egoísta!

—No, señor...

Y se alejó llorando hacia su cuarto. Sí, Virginia seguía amando a su Roberto, pero ella no iría a buscarle nunca.

Cuando llegó Stafford, impaciente por ver a su mujer, Fanny le dijo:

—Aguarda un momento. Voy a buscarla...

Fué a su alcoba y la llamó:

—Ahí está una persona que quiere verte.

—¿A mí?

Jaime y Fanny se ocultaron en una habitación



contigua. ¡Cualquiera sabía lo que iba ocurrir! Roberto paseaba solo, nerviosamente, por la estancia... Virginia, al entrar en la salita, creyó soñar:

—Roberto... has venido... has venido...

—Virginia... adorada mía...

Se abrazaron llenos de amor con la satisfacción de verse de nuevo unidos.

Jaime y su mujer escuchaban con gran expectación.



—¿Por qué no vuelves con tu marido?—dijo Fanny—. Tú no puedes soportar esta vida.

tación.

—Si él no le dice a ella que yo he llamado por teléfono, estamos salvados.

Pero Roberto y Virginia parecían no fijarse en aquel detalle.

—¡Tú no sabes cuánto te he echado de menos... cuánto he pensado en ti!—suspiró Virginia.

—Y yo... no me di cuenta de lo mucho que te amaba hasta que te marchaste...

En un momento sus almas enamoradas se habían comunicado su secreto, su anhelo de vivir juntas que un puntillo de amor propio separó.

—¡Qué feliz soy al ver que al fin has venido por mí!

Y Roberto, mirándola a los ojos, dijo:

—Supongo que estarías segura de que yo volaría a tu lado en cuanto me llamaras.

—Pero... ¿Crees tú que yo te he llamado?—contestó Virginia, apartándose con la mayor sorpresa.

Jaime y Fanny temblaban en su escondite. ¡Todo estaba descubierto!

—¿No has sido tú quien ha mandado que me llamen?—preguntó Roberto, no menos sorprendido.

—No... no... Tan feliz como me sentía hace un momento... ¡Qué horrible desengaño!

Mutualmente se sentían dispuestos a vivir juntos, pero el orgullo les separaba aún.

Roberto, culpable al fin y al cabo de todo, explicó, para calmar el llanto de Virginia:

—He venido porque un día me dijiste que volverías a mi lado cuando yo te hiciese una promesa. Pues bien. Virginia... estoy dispuesto a prometterte...

—¿De veras... de veras... Roberto?

—Te lo juro...

Y se dieron el beso de amor más bello de su vida.

Jaime y Fanny aparecieron sonrientes... El millonario miró al primero con una sonrisa de complacencia... Lo comprendía todo.

—Me llevo a Virginia—explicó—. Hemos hecho las paces.

—¡Oh! nosotros se lo habíamos siempre aconsejado—contestó Silley.



Ya en el automóvil, cuando se disponían a marchar, Jaime apareció corriendo:

—¡Roberto, Roberto!—le dijo—. Quisiera hacerte una pregunta. ¿Puedo volver a mi empleo con el mismo sueldo de antes?

Y Roberto, alegremente, contestó:

—Con el mismo... no... ¡mayor!

Y abrazando a su mujercita, dió orden al *chauffeur*:

—A casa.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN  
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

## PRONTO PUBLIC CINEMA

¡La revista cinematográfica que usted desea!

Recuerde este título:

## Public Cinema



## PRÓXIMO NÚMERO

LA GRANDIOSA NOVELA

# Sin Bandera y sin Patria

Asunto de emoción y realismo. Exposición dolorosa del calvario de un militar condenado por injurias a su país

Argumento magistral que todos deben leer.

PRODUCCIÓN EXTRAORDINARIA FOX

Interpretación a cargo de Pauline Starke, Edward Hearn, y una nube de artistas importantísima



Postal regalo: LAURA LA PLANTE

32 PAGINAS

LA NOVELA FILM se pone a la venta en toda España todos los martes.

10 Fotografías

Colecciones completas y números sueltos atrasados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A. BARBARA, 16-BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España

Precio 30 cts.



¿POR QUÉ DEBE LEER USTED  
**AYER Y HOY**  
TODAS LAS SEMANAS?

*Porque nuestro magazine-revista le ofrece en sus 76 páginas, por el mínimo precio de cuarenta céntimos, todo lo que usted busca en numerosas publicaciones con un gasto mayor, desde la novela corta a la novela de aventuras y desde las páginas de modas y de frivolidades a una sección cinematográfica.*

*Porque AYER Y HOY cuenta con la colaboración de los mejores autores, españoles y extranjeros.*

*Agradar, instruir, deleitar: son los tres fines que se propone y logra AYER Y HOY, que en su número del 17 del corriente publica*

## **SUSTITUCIÓN**

*novela corta de la formidable cuentista catalana*

**VICTOR CATALÁ**

*cuento del notable escritor A. Hernández Catá, titulado*

## **EL LÍMITE**

*Y Por los caminos del mundo. Cartas de Amor. De la vida frívola. Amenidades. Chistes. Novelas de aventuras. Novela cinematográfica, deportes, etc.*

COMPRE USTED **AYER Y HOY**  
SE PUBLICA TODOS LOS MARTES

**1080 PAGINAS GRAFICAS!**  
**76 páginas 40 céntimos**



268